

LOS GITANOS



nosotros no puede dejar de parecernos muy bien la preocupación que ahora se manifiesta por lo que se llama el problema gitano. Es natural que la sociedad de nuestros días, empujada por un espíritu benéfico, indiscriminador y unificador de todas las razas humanas, se fije también en esta raza que jamás ha pedido nada, que se contenta con un poco de aire y de luz, y que transita por los caminos sin mezclarse con otras.

Asistimos, desde lejos, con respeto, a los esfuerzos que realizan los concilios eclesíasticos para la mejora y el encuadramiento de los hombres de piel de aceituna. No nos pasaron desapercibidos ciertos gestos de aproximación de esta raza nómada y andariega hacia los pivotes espirituales de la civilización. Conocimos las concentraciones que grupos de gitanos europeos realizaron semanas atrás para acercarse a las procesiones de la Semana Santa andaluza; y los pasos dados por ellos en dirección a Roma, donde les recibiría el Padre Santo.

Por ello no nos extraña que exista, de parte de los dirigentes espirituales del mundo, una preocupación apostólica y aun social y que se trate, en jornadas de estudio, del problema de los gitanos en el mundo, de las posibilidades de su adaptación a una vida social y de las cuestiones que plantea su porvenir espiritual y su encuadre cívico. Naturalmente que no vamos a entrar en el fondo de todas estas cuestiones, que son para nosotros abstrusas y escasamente conocidas. Cada cual, con sus luces y sus apologeticas, está obligado a seguir su camino.

Pero podemos preguntarnos ahora, cuál es el camino de los gitanos y si tenemos nosotros autoridad o habilidad suficiente para cruzarnos en él. Al momento no vemos más que una raza misteriosa e insigne echada a un lado de las civilizaciones y que discurre por la piel del mapa en silencio y sin pedir ayuda. Una raza enigmática y morena que se limita a mantener su existencia sin traicionar a unos ritos, y que se mantiene soberbiamente al margen del registro civil y de cualquier otro papel comunitario y sellado.

No nos referimos a la minoría de gitanos ya deteriorados por la civilización industrial, que habitan en las ciudades y tienen su residencia en apartamentos urbanos con gas y calefacción. Son muchos los gitanos que han dejado los caminos y que se han incorporado a las cuadrículas de la urbanidad y del comercio. Algunos de ellos, convertidos en hombres de empresa, acuden a los mercados en "haiga", y sólo conservan residuos de su milenaria contextura. No obstante, éstos siguen siendo una minoría; la mayoría del pueblo gitano duerme en los carros y bajo los puentes, trasiega a la intemperie por un mundo que parece no interesarle y prosigue su inmutable y silenciosa marcha en triste caravana.

A esa masa enorme de gitanería nos hemos propuesto ahora conducirla por los caminos del bien, seguros como estamos de que nuestra posición humana es inapelable y que haremos santamente despojándoles de la mugre histórica en que nos parece que viven. Pensamos que el espectáculo que ofrecen requiere grandes rociadas de agua de colonia y de teología. No sabemos, sin embargo, si la caridad con que vamos a beneficiarles será verdaderamente eficaz para aquellos a quienes va dirigida o redundaría en nuestro propio y subjetivo provecho. Porque, ¿quién asegura que lo que desean los gitanos es desgitanizarse? ¿Y podemos asegurar que ello les resultaría beneficioso?

Las circunstancias de la vida actual aconsejan, ciertamente, la profilaxis y la higiene, tanto en el aspecto físico como en el orden moral. Y la imagen que se nos había formado de los gitanos en nuestra mocedad y en nuestra niñez estaba llena de lacras físicas y morales. Los gitanos de nuestra niñez eran unos tipos siniestros, que acampaban en carromatos en los desmontes y torrentes, resueltos al rapto de niños y caballos y capaces de asesinar. Cuando se veía transitar con aire misterioso a una pareja de la Guardia Civil por el campo, se daba por sentado que iba en busca de algún gitano asesino. Federico García Lorca fue el primero en ennoblecer y aclarar una pizca esta agobiante imagen. Federico García Lorca cantó al gitano y lo exaltó hasta convertirlo en personaje de leyenda. Hizo más: infundió al gitano en la literatura una gama de sentimientos nobles, que

sin duda posee en la realidad. A través del "Romancero" aparece nítido el espíritu de casta y de clan, llevado a extremos increíbles y aleccionadores. Los gitanos de Lorca delatan su casta de príncipes. Los clanes y familias son allí auténticas dinastías; los amores y las pasiones de los gitanos son un modelo para la decaída sociedad que los lee. Hablar de Antonito el Camborio no es hablar precisamente de un paria. Hay en su facha una noble realeza. Al trasluz de la poesía y de los dramas de Lorca, se advierten las calidades y matices nobilísimos de esta región humana tan vilipendiada, tan segregada de nosotros. El hecho de que la literatura de Lorca sublimice las virtudes de esta raza, no amengua el hecho de que el origen de la interpretación de Lorca responda a arquetipos reales. En el fondo del paria más sórdido de la gitamería es posible, y hasta probable, que alienten unos cuantos sentimientos de este cariz, exagerado por Lorca, pero no totalmente inventado por él.

Los hados de Lorca lavaron a la gitanería de la mitad de su mugre, que ya era para nosotros un elemento inmutable. Esos son, naturalmente, los gitanos de Granada, aposentados en un solar. Existen luego muchos otros gitanos en el mundo. Por toda Europa avanzan los carros al anochecer y hay un ladrido de perros, un brinco de los monos en los carromatos, un llanto de chiquillos y el tornasol ardiente de los largos cuchillos, la guejeña oscura en el rostro de las mujeres, de ojos brillantes, la voz oscura del patriarca... Son matices infinitos de una misma sangre misteriosa, que avanza por la historia sin ocupar lugar y sin pretensión de ocuparlo, ajena a cualquier ambición o a cualquier reivindicación social o política.

Ese desdén de la Historia es, quizá, el elemento más enigmático de este viejo pueblo y, desde luego, el que más pueda extrañarnos y sorprendernos. Todos los pueblos del mundo son históricos y políticos, y el hombre es por ello un animal sustancialmente histórico. Pero los gitanos, no. A ellos les tiene sin cuidado la Historia y el poder. Ellos se mantienen incólumes a los movimientos históricos. Viven como antes de que amaneciera la Edad Media, se saltaron a la torera el feudalismo; su estructuración en clanes es un resabio antiquísimo, preliminar de nuestra era.

¿Es realmente aconsejable la pretensión de hacer entrar a esta gente en la Historia, en nuestra Historia, tan lamentable a veces? Esa gente de los blancos dientes, ¿necesita de manera tan urgente de los privilegios del dentífrico? ¿No se podrán pasar de la nevera, habituados como están a los botijos y a la frescura del raudal? ¿Habrá que meter a las esbeltas ninfas de color de aceituna en el acomodo de un blue jeans o pueden seguir libremente, holgadamente protegidas por las anchas faldas y refajos antiguos, que voltean al aire y les dan una andadura noble y sosegada?

espectáculo e ideal

El empacho de progreso en que vivimos podría llegar a extirpar, con la mugre, la sangre misma de las razas humanas, que es el crisol de las civilizaciones. Nos parece que en los arquetipos de la civilización técnica en que nos manejamos, cada uno de nosotros, en este servicio útil a nuestros semejantes, está obligado a descubrir algo o, en su defecto, deba dedicarse a patentar para su gloria viejos e insignes instrumentos ya existentes de la civilización. Sacar a los gitanos de su purgatorio histórico nos parece a nosotros empresa de nobles ambiciones, pero empresa delicada. En ella se entremezclan la moral con la higiene, la suciedad de la piel con la piel misma. Cómo ofrecer a los gitanos los beneficios de nuestra civilización, sin alterar la suya, nos parece muy aventurado. Y la primera condición positiva de cualquier labor benéfica creemos que es el mantenimiento de las sustancias íntimas de cada pueblo; en definitiva, el respeto inmutable a su libertad, tanto social como íntima.

Pero es posible que la conducta social de los gitanos esté marcada precisamente por un deseo profundo de libertad. Es esta libertad la que les lleva a su abnegada vida en la epidermis, su condición lateral a cualquiera de nuestras premisas sociales o históricas. Muchos hombres, cuando ven a una caravana de gitanos en los viejos caminos, rozobrando en las rodadas polvorrientas, al tiempo en que contemplan un espectáculo triste no dejan de presentir un ideal. Es un ideal anárquico, pero valiente y temerario, en la mitad de un mundo encasillado, doblegado por obligaciones y pragmatismos. Antes de intentar la reforma de los gitanos, debiéramos aprovechar lo que en ellos, por poco que sea, pudiera constituir para nosotros una lección. Después de esto podremos pensar en lavarles.